

INTRODUCCIÓN

A mediados del año 2001, el Grupo de Bioantropología de la Universidad de Antioquia emprendió una tarea nada fácil: escribir un texto conjunto que dilucidara las relaciones existentes entre la naturaleza y la cultura. Esta propuesta tenía como principal objetivo contribuir en la clarificación conceptual de la cultura en el medio académico latinoamericano. Para ello se propuso exponer y presentar una reflexión sobre la cultura desde la disciplina o el interés investigativo de cada uno de los miembros del Grupo, con divulgación amplia en la comunidad académica de las instituciones representadas en este equipo de investigación.

De esta manera se invitó a los miembros del Grupo de Investigación a escribir un artículo que permitiera establecer algunas de las relaciones existentes entre naturaleza y cultura, y además se realizó una convocatoria a autores extranjeros con tal fin. Así se logró reunir un importante cúmulo de trabajos, siendo escogidos once para integrar esta obra.

Luego de varios inconvenientes menores que no es menester mencionar, se logró dar punto final al proyecto que ahora se le presenta al lector. No faltaron aquellos que creyeron que esta propuesta no daría frutos; incluso, he de confesar que en más de un momento estuvimos cerca de tirar la toalla... pero no lo hicimos, y este libro es la prueba de ello.

Ahora bien, ¿por qué terminé siendo el editor de esta obra? No estoy muy seguro de la respuesta. Tuve el honor de haber sido escogido como responsable del proyecto, cosa que me sorprendió en un principio pues entre los miembros del grupo considero que soy quien tiene menos dominio del tema, dado que mi formación académica si bien ha atravesado varias disciplinas (como el derecho, la filosofía, la historia y la sociología), nunca había abarcado esta problemática. Pero creo que se me puso a cargo de este proyecto por mi capacidad de asombro, la cual -he de decir- me ha servido mucho al momento de escoger, con ayuda de los pares académicos, los artículos que integran la obra.

Biogénesis

Y es que el asombro es el punto inicial y final del recorrido aquí planteado. De esta manera dejo claro dos aspectos muy pertinentes para introducir la obra: el asombro y el camino.

Si metaforizamos el conocimiento como un bosque, tendremos que las posibilidades de camino al interior del bosque son tantas como número de caminantes existan. En consecuencia, el camino del bosque (metáfora muy heideggeriana, por cierto), es una realidad en sí misma que señala la ausencia de realidad por fuera de ella. No hay camino prefijado para atravesar el bosque, aunque sí puede hablarse de caminos cortos y largos, de algunos que conducen al otro lado, y otros que no. Pero esta búsqueda de la finalidad del camino es propia de un razonamiento que traduce en instrumento lo que no se ha preguntado a sí mismo por su utilidad. El camino no tiene la finalidad intrínseca de llevar al otro lado, o de ser corto. El camino tiene como su finalidad ser camino, incluso entre dos puntos desconocidos.

De esta manera, de la realidad intrínseca del camino sólo podrá darse cuenta quien tenga su capacidad de asombro debidamente sintonizada. Quien considere el camino como un mero medio, quien imponga al camino finalidades extrañas a su naturaleza, quien se guíe por el adalid de lo atrocamente útil no podrá percibir la intención con la que se inició este proyecto. Es esta intención de caminar en el bosque, con once paradas, asombrarse de los paisajes, de los habitantes, de las cosechas, de los atardeceres, lo que guió a los autores del libro.

Desde esta propuesta, Odiseo no debió haber tomado rumbo a Itaca por volver a ver a su amada Penélope. Debió hacerlo por el hecho de ser un camino no fijado, un camino que se haría con el rumbo que fijara su barco. De igual forma, preguntarse por las relaciones entre la cultura y la naturaleza, es lo mismo que asumir la navegación en mar abierto, donde es tan válido tomar un rumbo como otro. Las paradas que se proponen, no constituyen pues itinerarios inflexibles o puntos que deben atravesarse para llegar a algo. Es más, pudieron ser doce, o tres. Incluso, pudieron ser otras las paradas. Porque son eso: paradas, espacios-tiempos vitales, puntos donde la lentitud del conocimiento logra robarle minutos al afán de ser modernos. Son eso: paradas, puntos de meditación, nodos tan pesados al tiempo que la velocidad no los atraviesa de la misma manera.

Espero de esta manera que el lector haya entendido la pretensión inicial: asumir el camino con asombro. De lo contrario, no estará a tono con la pretensión de los autores.

Ahora bien, ¿qué puede adelantarse del camino propuesto en la presente obra? La modernidad se ha caracterizado por la imposición de disyuntivas